

evangélica en los últimos decenios, produce una profunda decepción en la lectura de esta obra.

Decepción que aumenta cuando se constata que, en aras de una divulgación cae la autora frecuentemente en la vulgaridad, al emplear términos como “manipulación”, “fabulación”, “engaño”... para referirse a la labor redaccional de los evangelistas, términos que Bultmann jamás hubiera empleado.

Este lenguaje se torna especialmente duro al hablar de los relatos de la pasión y de la inculpación, que se hace en los evangelios, a “los judíos” de la muerte de Jesús, lo que es la causa directa de todas persecuciones antijudías de la historia. Leyendo este libro se tiene la impresión de que los jerarcas nazis no tuvieron responsabilidad alguna en la muerte de seis millones de judíos durante los años cuarenta, toda la responsabilidad recae en los evangelistas y en los evangelistas y en los “teólogos” y jerarcas eclesiásticos.

Del mismo tono en su reflexión sobre el valor “redentor” de la muerte de Jesús que, interpreta exclusivamente en clave anselmiana, es, a juicio de la autora, “casi” el germen de todos los crímenes y abusos de la historia.

“¿Qué queda?” se pregunta la autora al comienzo del breve epílogo. Y piensa el lector: “Ahora viene lo del Amén del título (pues en las 304 páginas anteriores todo ha sido NO)”. Y sí, hay un amén.

Pero un amén puramente fideísta. Su credo vendría a ser: “Cristo en Jesús, a pesar de que no sé absolutamente nada de él, a pesar de que ninguno de sus hechos y palabras, tal como me vienen reflejados en los evangelios, me merecen ningún crédito; a pesar de que todo lo que se ha hecho en su nombre en toda la historia es negativo; a pesar de todo ello creo en un Jesús que yo quiero creer y que fue un ser excepcional”. Bueno...

Fernando Motas Pérez

STANILOAË, DUMITRU: *Oración de Jesús y experiencias del Espíritu Santo*, NARCEA, Madrid 1997, 124 págs.

La editorial Narcea presenta un librito en el que se condensa la espiritualidad ortodoxa. Su autor Dumitru Staniloaë, con una delicadeza que raya lo sublime, presenta al santo como el hombre que ha modelado su vida según la kénosis de Cristo, que no terminó su reputación personal y compartió con los hombres la ternura infinita de Dios.

El hombre en la experiencia de Dios, conducida por el Espíritu Santo, renueva la humanidad haciendo el centro de su vida la disponibilidad a sus hermanos y la entrega a Cristo.

Desaparece del Santo la preocupación de sí mismo y humaniza las relaciones con intimidad y familiaridad. Delicadeza, ternura, transparencia, pureza será la nueva vestidura del hombre entregado a Dios. La ternura guiará sus pasos ante el dolor de sus hermanos y cuanto le rodea será don de Dios.

La oración del hombre tocado por el dedo de Dios, al estilo de Jesús, se constituye en la conjugación entre el sentimiento y el conocimiento en el corazón del hombre. No es solo sentimiento que origina un volátil sentimiento ni solo pensamiento que sitúa a Dios en la fría lejanía. La oración pura, como la de Jesús, es la unión del intelecto y el corazón en las profundidades del mismo corazón. En este encuentro de sentimiento y conocimiento se llega a la experiencia del Dios personal y adquirimos conciencia de la presencia del Trascendente en nosotros. El hombre baja a su pequeñez y limitación esponjando allí su vida de Dios. Desde esta presencia vivida con toda su intensidad el santo se hace testigo y manifiesta el rostro de Dios.

En esta experiencia es donde el hombre siente garantizada su libertad pues se encuentra con la "libertad" que no domina ni necesita dominar.

Dumitru escribe al dictado de su interior, por eso las páginas de su obra están llenas del saber profundo de la teología vivida. Su lectura fresca que lleven al hombre a un remanso de paz en el amor de Dios y en el amor a toda la creación.

En la segunda parte analiza el Espíritu Santo en la teología ortodoxa siguiendo los pasos de la pneumatología patristica. Los ecos de Ireneo, Basilio y los Gregorios resuenan en sus páginas. Los resplandores del Espíritu Santo brillan en el Hijo que nos revela el Amor del Padre.

El Espíritu de Jesús es la fuerza de cohesión de la fundación de la comunidad eclesial que se mantiene viva a lo largo de la historia por la presencia del Espíritu Santo.

Un librito de fácil lectura que llena el alma de paz y confianza en Dios.

Emiliano Tiburcio